

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo IV



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1969

S U M A R I O

	Páginas
EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Patronato y Junta Directiva	9
Actividades del Instituto durante el año 1968, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	11
ESTUDIOS	
Relojes y relojeros del Ayuntamiento de Madrid en el siglo xvii, por <i>Eloy Benito Ruano</i>	17
Las Justas Poéticas en honor de San Isidro y su relación con Lope de Vega, por <i>Joaquín de Entrambasaguas</i>	27
La descripción de Madrid de Diego Cuebbis, por <i>Antonio Domínguez Ortiz</i>	135
La mayordomía mayor y los festejos palaciegos del siglo xvii, por <i>J. E. Varey</i> ...	145
Datos para las biografías de escritores de los siglos xvi y xvii, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	169
Trigueros y su proyecto de una «Gaceta literaria de Madrid», por <i>Francisco Aguilar Piñal</i>	233
Las duquesas de Alba y de Benavente y la «Caramba», por <i>Antonina Rodrigo</i>	241
Notas geográfico-históricas de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo xviii (Continuación), por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	247
Remembranza de don Leandro Alvarez, por <i>Enrique Pardo Canalis</i>	267
El abastecimiento de Madrid durante el sexenio absolutista (1814-1820). Datos para su estudio, por <i>Manuel Espadas Burgos</i>	283
El Colegio de San Mateo (1821-1825), por <i>María del Carmen Simón Palmer</i>	309
Una arpista madrileñizada: Teresa Roaldes, por <i>José Subirá</i>	365
Los primeros estrenos madrileños de Tamayo y Baus, por <i>Ramón Esquer Torres</i> ...	373
Madrid y el uso del espacio en la literatura española de la posguerra, por <i>Leonardo Romero Tobar</i>	381
La escolarización de enseñanza primaria en Madrid, por <i>Antonio Aparisi</i>	391

MEMORIAS Y RECUERDO

Autobiografía de Madrid, por <i>Federico Carlos Sainz de Robles</i>	403
--	-----

SEMINARIO DE TOPONIMIA URBANA

Algunos topónimos urbanos actuales de ascendencia medieval y ochocentista, por <i>Agustín Gómez Iglesias</i>	433
Nomenclátor literario de las vías públicas de Madrid (Primera contribución, 2.ª parte), por <i>José Simón Díaz</i>	443

TEXTOS

Fervorosas alabanzas, y elogios a este Santísimo Iubileo, del qual no ha auido otro exemplar en España, en que se dà noticia, de como la deuota, y nouilissima Congregación de la Virgen Santissima de la Almudena sacò en Procession su antigua, y Sacra Imagen; Aqui se declara en la forma, y con la grandeza, Real aparato, y pompa con que salió, por <i>Francisco de Alfantea, y Cortès</i> .—Transcrito por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	469
---	-----

MATERIALES DE TRABAJO

Quisquilia, por <i>Agustín Gómez Iglesias</i>	477
--	-----

AUTOBIOGRAFIA DE MADRID

(Capítulo inédito de las *Memorias* de la capital de España, evocadas oralmente por su protagonista, y pasadas a la letra por un modesto amanuense, incondicional y ardiente amante del evocador, llamado FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES. Quien se libra muy bien de añadir punto o coma de «su cosecha».)

Marzo, 1969.

NOTA PRELIMINAR

La *Autobiografía de Madrid* ha sido uno de mis libros más afortunados. Lo escribí en circunstancias muy poco afortunadas para mí. Y me dio por reír, en vez de por llorar. Siempre se ha dicho que lo bueno, y aun lo menos malo, son hijos de los contrastes. La *Autobiografía* quedó cerrada en 1906, con el dramático suceso de las «bodas regias de sangre». Ni Madrid ni yo quisimos complicarnos la vida refiriendo lances y trances todavía calentitos y muy sujetos a las más enconadas controversias.

Desde 1949, año en que apareció la *Autobiografía* —muy mimada y bien vestida por su editorial— fui recibiendo amables cartas y escuchando palabras amables con las que se me animaba para que mi libro pegara *un estironcito*. Hasta 1931, cuando menos. Durante casi veinte años presté oídos sordos y pluma muda a tales demandas. Y es que nunca me ha gustado manipular con materias explosivas. Sólo a los muertos les hace sonreír que después de ellos pasados a la otra orilla, se desencadene el diluvio. Sin embargo, hace unos meses, la Editorial Aguilar, mimadora editora de la *Autobiografía*, me sugirió que, deseando ella pasar mi libro de la «Colección Joya», en la que apareciera por primera vez, a la «Colección de Autores Modernos», de mayor formato y de más nutrido texto, acaso conviniera ampliar el mío.

Luego de algún tiempo dedicado a la cavilación, me convencí de que ya, hoy, a sesenta, a cincuenta, a cuarenta años de los sucesos, si los sucesos son contados con honestidad, y «sin tomarlos a pecho» del partidismo, no consti-

tuyen grave riesgo ni para Madrid ni para mí. Así que me puse a la para mí gratísima tarea de escuchar atento, entender pronto y escribir aína cuanto Madrid me fuera evocando. Con esta fecha tope: 1931. Categóricamente se lo avisé a mi adorado Madrid: cuando deseara evocar su vida después de aquel año, que se buscara nuevo amanuense. Porque mi ánimo nunca fue heroico.

El primer capítulo de la ampliación —inérita aún— se lo ofrezco a los *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, publicación ejemplar de un Instituto al que me honro perteneciendo.

CAPÍTULO 44

La política que gobierna y la política que no deja gobernar.—El «¡Quítate tú, que ya has gobernado un ratito y déjame a mí, que también soy hijo de Dios!».—Los dos partidos políticos de la Regencia se hacen añicos, y de cada añico nace un partido nuevo.—Marca muy difícil de superar: en cinco años, doce Gobiernos.—Aparece la Yernocracia y se dedica a la política.—El divertido, y diario, ¡escándalo en el Congreso!—La «Dictablanda» del general Primo de Rivera.—Se destemplan los nervios de mis madrileños ante la sospecha de «¡Aquí va a pasar algo gordo!».—Y llegó «lo gordo»: la segunda República, pero «con lo puesto» y sin el debido entrenamiento.—Mi príncipe de los tristes destinos.—Cuatro lutos para mi corazón: la muerte de Federico Chueca, José Echegaray, Benito Pérez Galdós y María Guerrero.—Dos actos de una misma tragedia: el asesinato de don José Canalejas y el asesinato de don Eduardo Dato.—Mi hijo don Alfonso XIII vuelve a nacer el domingo 13 de abril de 1913; 13 más 13 deshacen el signo nefasto.—Se me «chamuscan» mi Palacio de Justicia y mi Teatro Novedades, con gran dolor de Temis y Talía.—Orla de luto y elegía invernal por la reina doña María Cristina.—Conozco a un Vedrines que vuela y a un Chevalier que canta.—La época de las «vacas gordas» para mi prensa diaria.

Creo haber confesado muchas veces que no me interesa la política gobernante, ni menos aún la política con pretensiones de gobernar. Mi España y yo, desde 1598, fecha de la muerte del mejor rey nuestro, somos víctimas inocentes de esas dos políticas contrarias —y contradictorias siempre— sin otros ideales que éste: «¡Déjame gobernar ahora, que tú ya has gobernado un ratito!» Política de partido o de facción. Menos aún, en ocasiones: política de grupito, política de clan. ¡Casi cuatrocientos años de política «a dos caras» —hipócrita ésta, camándulas la otra—, plaga endémica en España y en mí! Comprendo muy bien que quienes de mis madrileños, de los restantes espa-

ñoles, tienen alma sensible, conciencia honrada, sentimientos patrióticos, pueden morir de asco. Ningún otro pueblo europeo presenta una estadística de muertos de asco tan copiosa y creciente como España. En algo habíamos de ser los primeros.

Posiblemente ustedes, lectores míos, me dirán: «¿Y por qué ha de interesarte la política? Tú, Madrid, no eres elector, sino espectador cuya imparcialidad es exigible. Tú, Madrid, eres *algo raro* (eso sí: con cuerpo y alma) entre ente y entelequia. Y ésta tu condición, equidistante de la metafísica y la lógica, te obliga a presentar un testimonio tan preciso como desapasionado de cuanta historia se haga y vaya cuajado en ti y en torno tuyo. Testigo de vista tú, Madrid, y no de cargo.»

Y probablemente ustedes, lectores míos, tienen razón. Pero... Sin juzgar, sin prejuizar siquiera, permitidme que me refiera a la política española de principio de este siglo, porque es tema de mucho regocijo; y recordándola yo, en letra impresa, para vosotros, seguro estoy de que todos vamos a sonreírnos «sin mala uva», sin tensión de ánimo rencoroso. Porque nunca me interesó la política; pero la política me hizo sonreír, reír y hasta «carcajearme» incontables veces. A partir de 1875, coincidiendo con la restauración monárquica borbónica, la política española, turbulentísima hasta entonces, removida —como el arte, las letras y las costumbres— por el romanticismo febril y por el melodramatismo chillón, fraccionada en muchos partidos y partiditos, pareció calmarse y reducirse «a dos vertientes»: la conservadora de Cánovas del Castillo y la liberal de Sagasta. Y estos dos partidos, cotos herméticos, turnándose en el momio constitucional de la gobernación... «como buenos hermanos», fueron serenando la vida política española. Y así, el reinado corto y bastante feliz de don Alfonso XII y la regencia más larga y menos feliz de doña María Cristina de Habsburgo-Lorena fueron tiempos de relativa paz interior. Por ahí fuera perdimos bastantes y muy entrañables *cosas* ultramarinas; pero las apetencias políticas bastardas cayeron en un estado comatoso. Daba gusto —a mí al menos, me lo daba— observar cómo don Antonio, sin abusar del mando, daba paso, retirándose *con todo su equipo*— desde los ministros y directores generales hasta los chupatintas y ordenanzas— a don Práxedes a la cabeza «de todos los suyos», que eran la otra mitad de la burocracia alapada a mí. Y cómo don Práxedes, con no menor externa deferencia, daba turno a don Antonio. Y así hasta 1902. En mayo de este año fue declarado mayor de edad don Alfonso XIII, y jurado por ambas Cámaras: Congreso y Senado. Pues bien, empezar a reinar don Alfonso XIII y salir de su marasmo las viejas apetencias políticas, fue todo y uno. Diríase que el primer acto del monarca mozo, hijo mío, nacido en mi Real Palacio, fue des-

tapar, con insensata mano, un avispero. Conviene recordar que desde el mismo 8 de agosto de 1897, día en que el anarquista Miguel Angiolillo asesinó a don Antonio Cánovas del Castillo en el balneario guipuzcoano de Santa Agueda, el partido conservador se delataba muy inquieto, muy suspicaz. La falta de jefe tan autoritario y respetado había llenado de *pa-jarillas* la ambición de varios de sus lugartenientes: don Francisco Silvela, don Raimundo Fernández de Villaverde, don Alejandro Pidal y Mon —la extrema derecha del partido—, y los más jóvenes don Antonio Maura y don Eduardo Dato. Pero hasta 1902, el partido conservador seguía presentando a la nación «escamadísima» cierto aspecto aún saludable. Aspecto del que cuidaba mucho el inteligente, gran señor excéptico, don Francisco Silvela; quien ya en vida de Cánovas, había iniciado esa tendencia política que ahora, con eufemismo exquisito, es denominada *desviacionismo*.

Bien. Repito que el mismo 17 de mayo de 1902, fecha en que empezó a reinar —y aún a gobernar con creciente falta de disimulo y de constitucionalidad— mi simpatiquísimo y «echao palante» hijo don Alfonso, se salieron, alocadísimas, irritadísimas, de su olla las avispas de las apetencias políticas. Casi todas bastardas, y aún algunas hijas de padre desconocido. Los años de encierro parecían haber condensado su virulencia. Particularmente me interesó mucho y me hizo reír más aquel despertar, agresivo y estúpido, de quienes buscaban más el propio medro que el bien de España. ¡Y a quienes habían dado tiempo para reponerse con esa recuperación de quien pasa una temporada en la Sierra! Para que estedes formen idea de cómo fue este desentumecerse de los partidos, les añadiré que dentro del conservador iniciaron su lucha «intestinal» para alcanzar la jefatura, o a falta de esta jefatura ortodoxa la heterodoxa jefatura de un *desviacionismo* en la misma ideología: don Raimundo, don Alejandro, don Antonio, don Eduardo. Notas curiosas y graciosas: don Antonio Maura era un tráfuga del liberalismo sagastino, cuya reciente *conversión* le había puesto la mosca en la oreja al ultraderechista don Alejandro. Y don Raimundo contaba ya con dos lealísimos acólitos, inconformes con la jefatura de Silvela: don Juan de la Cierva y don Santiago Alba. ¡Sí, don Santiago Alba, lo que ustedes están leyendo, no sufro falta de memoria! Si don Antonio Maura, el futuro gran jerarca del partido conservador, empezó siendo liberal sagastino, don Santiago Alba, el futuro jerarca de un liberalismo democrático «de izquierdas», empezó siendo lo que se dice «un carca». La política española es pródiga en estos ejemplos de asombrosas *conversiones*, o menos enfáticamente: cambios de postura.

Pero si el partido conservador amenazaba descomponerse en tres o cuatro, más o menos conservadores, pródigos en *matices*, algo semejante acontecía en el partido liberal, en 1902, y cuando aún vivía, pero ya *gagá*, el llamado *viejo pastor*: don Práxedes Sagasta, el riojano de mucho chile y de escasas conservas. Cuya muerte, acaecida el 5 de enero de 1903, determinó que se iniciara el juergazo liberal en pos de la captura de la jefatura o de la formación de un nuevo liberalismo necesitado de «su partido particular». Entre los aspirantes liberales contaban don Eugenio Montero Ríos, don Segismundo Moret, el marqués de la Vega Armijo, y los mucho menos viejos, don José Canalejas y don Alvaro de Figueroa, conde de Romanones. Sumen ustedes, lectores míos, los aspirantes a jefes, en uno y otro bando, y se encontrarán...! con nueve impaciente *desviacionistas*, futuros cabecillas de, al principio, desnutridos grupos parlamentarios! Desnutridos y, por ello, hambrientos de poder y... de lo otro. Que la desnutrición no tiene mejores remedios que los buenos filetes y el faroleo de la buena vida mandona. De esta juerga política iniciada en mayo de 1902 es prueba regocijante la enumeración de los Gobiernos que subieron al Poder y cayeron de él en el breve plazo de un quinquenio. Atención, porque voy a recordarlos. Don Alfonso XIII juró la Constitución de 1876, y don Práxedes renunció a su mandato. Lógico. Pero el monarca le confirmó los poderes. ¡UNO! 10 de noviembre de 1902: crisis total. De nuevo Sagasta forma Gobierno intentando atraerse, echándoles buenas «tajadas», a los desviacionistas de su propio partido: el general López Domínguez, el duque de Tetuán, don José Canalejas... ¡DOS! El 3 de diciembre caía Sagasta, y el 6 se levantaba don Francisco Silvela, jefe «muy en precario» ya de las huestes conservadoras. ¡TRES! A Silvela le puso la zancadilla —el 18 de julio de 1903— el desviacionista de su propio partido don Raimundo Fernández de Villaverde; quien formó Gobierno tres días después. ¡CUATRO! Villaverde dimitió el 4 de diciembre de 1903. Al siguiente día juraba el primer Ministerio presidido por don Antonio Maura. ¡Increíble! Entre conservadores también se había puesto de moda el juego de la zancadillas. ¡CINCO! El 14 de diciembre de 1904 cayó el Gobierno Maura; y el 16 se adueñaron del Poder otros conservadores presididos por el viejísimo general don Marcelo Azcárraga. ¡SEIS! El 26 de enero de 1905 hubo de dimitir el anciano general para que le sustituyera otro conservador: don Raimundo. ¡SIETE! Y a don Raimundo le zancadilleó, el 14 de junio, una votación adversa en el Congreso. Y les llegó su gran hora a los liberales. El 25 de junio constituyó Gobierno don Eugenio Montero Ríos, gallego ladino y de no menos años que el provento general don Marcelo, pero sin «la mosca blanquita» de éste. ¡OCHO! El 30 de octubre, el dimitido Montero Ríos se sucedió a sí mismo. ¡NUEVE! El 30 de noviembre, Montero Ríos,

que había tomado gusto a la sucesión de sí mismo, tan campechana, intentó repetirla; pero le falló el truco, y don Alfonso XIII confió a don Segismundo Moret —los más bellos bigotes del Parlamento— la constitución de un nuevo Gobierno. ¡DIEZ! El 21 de marzo de 1906, Moret, buen discípulo de don Eugenio, se sucedió a sí mismo. ¡ONCE! Pero «su Gabinete», con él al frente, hizo mutis el 4 de julio. Y formó Gobierno, también liberal, el general López Domínguez, cuya vejez «se las tenía tiesas», a las del General Azcárraga y del ex-seminarista y cuco abogado gallego Montero Ríos. ¡DOCE!

Doce gobiernos en poco más de cuatro años; «récord» muy difícil de batir. Mi pueblo, que siempre ha tenido repajolera gracia para juzgar pronto y bien a personas y sucesos, denominó a la Presidencia del Consejo, edificio de la calle de Alcalá —que aún existe más arriba del Círculo de Bellas Artes—: TIENDA DE ANTIGÜEDADES. Añadiendo que era, sin duda, la más *cara* de la capital y de la Nación, y la peor surtida, aun cuando nadie dudaba de la autenticidad de sus antigüedades. ¡Todavía recuerdo los furores de aquel gran caballero que fue don Alejandro Pidal y Mon —dueño de la más hermosa barba blanca que he conocido—, el «ala derecha» del Conservatismo, ante la posibilidad de que se apoderara de la jefatura del partido, por dimisión del excéptico don Francisco Silvela, aquel mallorquín avisado y barbado, tráfuga estratégico del sagastismo, llamado don Antonio Maura! (El Destino —pongámoslo con mayúscula inicial para recalcar su importancia— tiene resoluciones asombrosas. Porque don Antonio Maura no sólo birló a don Alejandro la jefatura, sino que le sustituyó como presidente de la Real Academia de la Lengua. Por *algo* a don Alejandro no le cayó en simpatía don Antonio. Y es que éste venía empujándole sin miramiento alguno.)

Pero del destapado avispero que era la política no se fugaron sólo aquellos aguerridos buscadores de jefaturas y desviacionismos; detrás de ellos, no menos zumbadores y mucho más punzantes, salieron los estupendos organizadores de *meetings* a precios populares y de huelgas espectáculos callejeros que fueron los republicanos, ya un poco más rancios, y los socialistas todavía inmaturos. ¡Dios mío, cuánto llamaron mi interés y me hicieron sonreír las trifulcas, la oratoria subversiva y calentona, las amenazas machotas, los artículos de juzgado de guardia o de campo del honor, de aquellos Rodrigo Soriano, Alejandro Lerroux, Luis Morote, José Nákens. Vicente Blasco Ibáñez, Miguel Morayta, Menéndez Pallarés, Azzati, Nogués, Junoy, y otros muchos cuyos nombres lamento no recordar tan simpáticos uno a uno, tan barbados en negro tinta china o en blanco y negro, y casi todos con tupé muy tieso, y todos juntos pesadísimos por su afán de entreverar en sus discursos una oratoria en mangas de camisa con una cosecha espléndida de tacos y de adjeti-

vos denigrantes. Y es que si no se desgañitaban como energúmenos creían merecer el repudio de las masas obreras y oprimidas.

Aún más: con el liberalismo y el conservatismo, con las varias desviaciones nacidas en uno y otro, con los conatos socialistas y los recuelos republicanos empezaron a significarse «las pretensiones» de unas ideologías de cierta novedad en España: liberalismo conservador, conservatismo liberal, liberalismo de izquierdas, reformismo, idoneismo conservador, maurismo, monterismo... Al frente de los cuales estaban, respectivamente: don Santiago Alba, don José Sánchez Guerra, don José Canalejas —tránsfuga del republicano y del monterismo—, don Melquiades Álvarez, don Eduardo Dato, don Antonio Maura y don Eugenio Montero Ríos. Al monterismo mis madrileños le llamaron la *yernocracia*, por su proclividad a otorgar altos cargos a los esposos de las hijas de don Eugenio, amo del partido. Pocos, muy pocos sucesos y cosas han provocado tanto mi regocijo como las escandalosas sesiones parlamentarias entre los años 1902 y 1923. Sesiones, casi todas, no aptas ni para menores, ni para señoras, ni para cardíacos y, si me apuran ustedes, ni para militares sin graduación. Sesiones inspiradoras de farsas y sainetes, de cuentos picantes, de dramas incruentos y melodramas exorbitantes. Tengo la absoluta seguridad de que los señores diputados dinásticos enriquecían su vocabulario y tensaban su énfasis asistiendo a las representaciones echegarayescas y leyendo los discursos castelarinos; mientras los señores diputados antidinásticos enriquecían y tensaban los suyos conviviendo con el pueblo sano en mercados y ferias de ganados. Pueden ustedes creerme, lectores míos: esperaba yo con verdadera impaciencia, de lunes a viernes, que llegara la hora quince, hora en que empezaban a llegar al Congreso los calificados, sin ánimo de ofenderles, «padres de la Patria» y sin que la Patria quedara ni mal parada ni mal parida. Los cuales «padres» formaban corros correligionarios en los pasillos y, sobre todo, en el Café-Restaurante que servía *Lhardy* y que creo recordar fue instalado siendo presidente de la Cámara don Eduardo Dato. Desde este Café-Restaurante se gobernaba o desgobernaba a España con mucha mayor eficacia que desde los escaños del salón de sesiones; en él llegaban a sus acuerdos cerrados las distintas fracciones de las ideologías; en él se fraguaban las «oposiciones» más radicales y subversivas; en el se «fabricaban» los bulos y las insidias convenientes capaces de provocar las crisis fulminantes; en él se amasaban y cocían «los pasteles» más descomunales e indigestos, pero de muy atractiva «cara» (al Congreso se le llamó la GRAN REPOSTERÍA de la calle de Floridablanca); en él se ensayaban las «zancadillas» que se le ponían al ministro en el uso de la palabra, o al señor presidente del Gobierno que enumeraba y defen-

día los puntos del programa; en él se discutían los «se dice» y los «donde dije...» que habían de ser confiados... confidencialmente a los reporteros de la prensa española; en él —¡que todo hay que decirlo!— se proyectaban ciertas aventurillas amorosas de las que los «padres de la Patria» eran consignatarios y banqueros...

¡Qué bien, y que baratito, se almorzaba, merendaba y cenaba en el *buffet* del Congreso de los Diputados, servido por *Lhardy*, el de la Carrera de San Jerónimo! Donde podían ser adquiridos, para obsequiar a las damas que acudían a la tribuna pública, los famosos marrones glacés de *La Mahonesa*, cocos de *Martinho*, llemas de *El Riojano* y caramelos de *La Pajarita*. Todo ello contribuía a que la mayor parte de los señores diputados huyeran de la fatigosa oratoria que se apoderaba del hemiciclo, y permanecieran en el *buffet*, bebiendo, comiendo y cotilleando hasta que eran llamados a la sesión, con la estridencia de los timbres, cuando debían emitir su voto. (Este *buffet* del Congreso fue llamado durante muchos años *El Nuevo Mentidero de los Representantes*.)

¡Y qué sesiones las del Congreso! En ellas, lectores, valía todo: el discurso demosteniano, la catilinaria ciceroniana, la diatriba isocrática, la acusación plazueletera respingona, la tajante insidia, el «taco» contundente, el chistecito con malísima leche, el insulto procaz, el «¡más eres tú!», la invitación al tumulto general o al particular cruce de armas, la rechifla y el choteo, el pateo y las palmas de tanquillo, los involuntarios ronquidos arrinconados. Las sesiones del Congreso...! Recuerdo haberse liado a tortazos media docena de señores —pero *menos*— diputados, azuzados alegremente por los asistentes a la tribuna pública y sin hacer caso, ni estos actores del coro ni aquellos protagonistas, de los terribles campanillazos del señor presidente de la Cámara. En fin, si sería divertido cuanto acontecía en aquel Congreso, que los vendedores ambulantes o esquineros de los periódicos vociferaban su mercancía, una y otra noche, con su mejor e irresistible *slogan*: «¡*Heraldooo!* ¡*La Corres!* ¡*La Tribuna!* ¡...*La Nueva...*! ¡con el escándalo en el Congreso!» Y mis madrileños y forasteros, burgueses y menestrales, que salían de teatros y cines, de cafés y tertulias, de sus ocupaciones habituales, se apresuraban a comprar los diarios, con el aligui de divertirse, ya en casita y de sobrecena, leyendo los motivos y las consecuencias del escandalazo del Congreso, no por frecuente menos regocijante.

Como yo tengo una memoria portentosa, podría llenar muchas cuartillas recordando frases famosas y chistecitos ingeniosos nacidos en el Congreso... más o menos espontáneamente. Acaso las más célebres frases de aquellos

años —por la transcendencia que adquiriría años más tarde su significado— fueron las pronunciadas con cierta gola y su poquito de regodeo, por don Antonio Maura: «¡Hay que hacer la revolución desde arriba!» y «Las comas de mis proyectos son cuestiones de Gabinete». La primera la lanzó siendo ministro de la Gobernación —1902— en el Gobierno de Silvela, y cuando se proponía *decapitar* el caciquismo electoral, imponiendo un sufragio sin trabas, libre y sincero. La segunda, que nació mucho antes que la primera, en 1890, siendo Maura ministro del Ultramar con el Gobierno Sagasta, significaba su intransigencia para admitir modificación alguna en proyectos propios que él creyera de interés nacional. Durante varios años, entre 1913 y 1918, eran vendidos en la Puerta del Sol unos botones para ser colocados en los ojales de la solapa de la americana, en cuyo centro iba escrito «¡Maura, sí!» o «¡Maura, no!»

También recuerdo muchos de los mote que españoles anónimos habían puesto a muy empingorados hombres públicos. A Maura se le denominaba «Alcubilla», por tanta juridicidad como atiborraba sus discursos. A don Eduardo Dato, «Vaselina», pues que con su oratoria opaca y comedida procuraba no herir a nadie y contentar a los más posibles. A don Eugenio Montero Ríos, «Yernócrata», por el imperio con que aupó a sus yernos en la cucaña de la política española. A don Eduardo Vincenti, «Tontolín», posiblemente —¡digo yo!— por la expresión un tanto inexpresiva de su rostro. A don Alejandro Lerroux, el «Emperador del Paralelo», a causa de su popularidad entre las gentes «broncas» que habitaban en aquel famoso barrio barcelonés. A don Nicolás Salmerón, «Polilla», pues que su oratoria contundente abría agujero allí donde cayese. A don Segismundo Moret, «Exquisiteces», por las muchas que recamaban sus discursos. A don Rodrigo Soriano, «Contubernio», por las incontables veces que voceaba el vocablo para señalar la unión aconchabada de los partidos dinásticos «para imponer al pueblo sano unos ideales caducos». A don Manuel García Prieto, marqués de Alhucemas, «el marqués del Espliego», seguramente por la afinidad labiada aromática entre las dos plantas, primas hermanas del sahumerio tan prodigado por don Manuel cuando se dirigía a los Poderes constituidos, como quien actúa en un culto. A don José Canalejas, «Pepito Candado», a causa de la famosa Ley del Candado, por él defendida —1910— que prohibía establecerse en España a nuevas órdenes religiosas, o la apertura de nuevos conventos a las ya establecidas. A don Melquiades Álvarez, «don Heterodoxo», ya que se declaró tal en una de sus primeras actuaciones en el Congreso... De la «guasa» de la política española entre 1915 y 1923 puede darles idea *aproximada* saber que en los comicios el liberalismo

se fraccionaba en romanonistas, albistas, garciaprietistas, gassetistas, alcazamoristas y melquiadistas; y el conservatismo en mauristas, datistas, ciervistas, sancheztoquistas y sanchezguerristas; completándose la Cámara con republicanos unitarios, republicanos federalistas, socialistas, tradicionalistas, independientes... Pero la diversión política se me acabó el 13 de septiembre de 1923. Un día de verano aún muy caluroso, y cuando me faltaban varios miles de mis vecinos, veraneantes en playas y sierras. Mis periódicos lanzaron ediciones extraordinarias, que mis madrileños agotaban en seguida, pasando a comentar la sensacional noticia en cafés, círculos, saloncillos teatrales, corros en los paseos, sacristías, oficinas oficiales y no oficiales, y hasta en los vetustísimos salones —con reúma y tufillo a incienso quemado— de las Sacramentales antiguas. En fin, la noticia boquiaperente se comentó hasta en las colas ordenadas de los mingitorios subterráneos, en los andenes del «Metro», en los nocturnos tránsitos del peripatetismo profesional de la vida galante relativamente barata, en los vericuetos malolientes de los Mercados, en las tertulias de portal o de puerta de taberna. Mi comentario y el de mis madrileños fue una frase vieja y sabia: «Lo que sea, sonará.» Y sonó, por supuesto. El muy sevillano y garboso teniente general don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, capitán general de Cataluña, se había sublevado en Barcelona. Dicho con el debido eufemismo: se había levantado. Y yo no pude silenciar esta verdad: a mi pueblo el notición le dio más calor que frío y no por cuenta del termómetro estival, sino porque a mi pueblo siempre le han hecho gracia las subversiones, vengan de donde vinieren, por «aquello» de que es muy aburrida una vida nacional de acuerdo perfecto con la *Gaceta*, hoy *Boletín Oficial del Estado*. Yo pensé: ¿Y si fuera *aquello* un principio, si no de redención, sí de renovación «a fondo»? Estaba yo tan decepcionado de los gobernantes, con o sin uniforme militar, que se habían sucedido entre 1906 y 1923... Ahora bien, yo y mis madrileños, luego de conocer más al detalle la significación de aquel golpe de Estado, nos preguntamos: «Pero... ¿y el Gobierno legal? ¿Qué opina el Gobierno legal? El Gobierno legal, si opinaba, se reservaba su opinión. Pero hacer, lo que se dice hacer, no hizo nada. Estaba ya roto, desunido como piezas de un *puzzle* sin posible solución. Algunos ministros se habían alejado prudentemente de mí, para quedarse ahí cerquita: Portugal o Francia, hasta ver en qué paraba la cosa. La «cosa paró», para mí, en un primer Gobierno dictatorial, al dictado «del hombre de Barcelona», compuesto por los generales Cavalcanti, Saro, Dabán y Federico Berenguer; cuyas primeras medidas, con ello de urgencia, fueron declarar el estado de guerra y establecer la previa censura para la letra impresa. El día 15 llegó a mí el general Primo de Ribera. Tuvo un recibimiento en el que *se mascaba* la expectación. Cuantos lo presen-

ciamos podemos jurar que ni grandes ovaciones, ni hurras jaleadores. Mucha gente, sí. Pero... espectadores de espectáculo gratuito, se trate de presenciar la llegada de un general «levantado», entierro de personajazo, procesión solemnísimas, salida o entrada de corrida de toros de postín, jura de bandera, relevo de la guardia del Real Palacio, manifestación cívico-proletaria, recogida de perros vagabundos, riña callejera, actuación de borracho canturreador, etcétera, etcétera.

Leyendo en días sucesivos la *Gaceta* —que, excepcionalmente, venía divertidísima— yo y mis madrileños no salíamos de nuestro asombro y nos despachábamos a gusto soltando, a docenas, interjecciones y dicarachos no aptos para oídos civilizados. ¿Disueltas las Cortes? ¡Sí! ¿Suprimidos los ministros, subsecretario y directores generales? ¡Sí! ¿Punterazos en la rabadilla de los partidos políticos? ¡Sí! ¿Tutelados, como menores soplapitos y maleducados, los periódicos? ¡Sí! ¿Suspendidos los Ayuntamientos de elección más o menos popular y creados otros «a dedo» de R. O. o de R. D.? ¡POR SUPUESTO! ¿Organizados unos somatenes cívicos para el ejercicio saludable —desde el punto de vista del orden público— del garrotazo a quien chiste o rechiste? ¡CLARO ESTÁ! ¿Disueltas las Diputaciones Provinciales y creados, para sustituirlas, unos organismos de «incierto» procedimientos y misiones? ¡NI MÁS NI MENOS! ¿Creada una institución —la Unión Patriótica— para asumir el papel de vivero de futuros gobernantes y electores? ¡EXACTAMENTE!

Particularmente me fue simpático don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja. Era un barbián. Y a mí los barbianes, con naturalidad y gracia, *me caen bien*. Me asombró que siendo un dictador, y no a gusto de todos los españoles precisamente, tuviera ánimo y tranquilidad para pasearse por mi, a pie, embrazado con algún amigo, y sin otra escolta que algún alejado policía declaradamente «secreto». Si aquello no era valor y conciencia en paz, que me dijeran de otros, ¡caramba! Siempre caminaba erguido, confianzudo, sonriente, muy mirón de las guapas mujeres, cual si fuera un buen padre de familia por los pasillos de su casa.

Como sobre gustos dicen que nada hay escrito, yo respeto todos los gustos. Y los que más, los de mis madrileños. Los cuales, en su mayoría, vivieron encantados durante la dictadura —ellos la llamaban «dictablanda»— casi paternal del general Primo de Rivera. Yo me harté de oír a las amas de casa que jamás había estado «la plaza» tan abastecida y barata. Casi, casi, sucursal de Jauja. Todavía mis tranvías a diez céntimos el viaje; y a diez céntimos mis periódicos; y a treinta el bocadillo de jamón, la caña de cerveza con aperitivo, el café con leche, las revistas ilustradas; y había cines de a peseta, y teatros de a tres pesetas, y magníficos libros de a tres pesetas, y almuerzos

y cenas succulentas de a cuatro pesetas; y un español, con cinco duros de plata en el bolsillo, se creía el amo del mundo. Pues... que bien. Yo me harté de ver, y de considerar, cómo los obreros y empleados modestos —los chupatintas manguiteros— podían darse una vida relativamente estupenda, pues vestían con decoro, comían con abundancia y se divertían cada domingo y fiesta de guardar bailoteando y merendando en mis espacios verdes de mis afueras, bien salpicados de ventorros. Paz. Vergüenza. Vida fácil. Mas debo confesar que yo me aburrí hasta los bostezos durante aquel período dictatorial. Y es que yo, si no hay jaleos y sorpresas a diario, no me divierto ni tanto así... No me quedó ni el recurso de aliviar mi tedio leyendo la prensa, pues que la previa censura había uniformado en gris plano diarios y revistas, como si vistiera por contrata a unos infelices huérfanos. Ciertamente que cada pocos días el dictador enviaba a los diarios alguna *nota oficial* rellena de buen humor y hasta de cierta cachondería; pero... muy poca cosa para reprimir mi fastidio tedio. A mí, ¡ay!, que me dieran aquellas sesiones del Congreso sazonadas con cebolletas, ajos, guindillas y apios, y aquella prensa cuajada de *rumores* y de cuentos más o menos hilarantes o asombrosos. Jamás he soportado una vida cuadrículada de la que se haya eliminado lo imprevisto y hasta lo insensato. A mí, con trágala, ¡¡no!!

Confieso que se me alegraron «las pajarillas» el 3 de diciembre de 1925, cuando supe que el Directorio militar había cesado en sus funciones, y que era sustituido por un Directorio civil... en el que no faltaban, por supuesto, los generales. Pero me duró la esperanza menos que hogaza en casa de pobre. Más apariencias de normalidad política y jurídica, pero idéntico aburrimiento. Del tono gris habíamos pasado al tono malva. Un hecho me hizo sonreír sinceramente: cuando fue quitado del frontispicio del Palacio de la plaza de las Cortes el título, ya con solera, de CONGRESO DE LOS DIPUTADOS, para sustituirlo por el de ASAMBLEA NACIONAL, creada por Real Decreto-Ley de 12 de septiembre de 1927. La sustitución tenía más miga que la hogaza a la que me he referido antes. En la Asamblea discutieron muchos señores; pero sin prisas, sin «tacos», sin improperios, sin amenazas; discutieron muy modositos, muy deferentes los unos con los otros, siempre soltando «rollos» muy rebozados en juridicidad. En cuanto me convencí de que allí no había nada divertido que presenciar, dejé de ir a la Asamblea. A la que con el nombre me la habían cambiado *el relleno*. Que fue un perder a dos bandas.

Pero... ¿me creerán si les digo que me disgustó que don Miguel Primo de Rivera presentase su dimisión el 28 de enero de 1929? ¡Gran caballero don Miguel, que si se equivocó algunas veces, como cada quisque, acertó otras muchas; entre éstas, la de ofrecernos una vida fácil, tranquila, a los espa-

ñoles sin ambiciones políticas! Y cuando, al poco tiempo, supe su muerte en París, me conmoví. La Dictablanda había durado seis años, cuatro meses y dieciséis días. ¡Dos mil trescientos veintiséis días! A la Dictablanda sustituyó el Gobierno del general don Dámaso Berenguer. Y a éste, el Gobierno del almirante Aznar. Inútil todo. Había pasado el tiempo de los paños calientes y de las cataplasmas. El enfermo gravísimo —mi España— precisaba para salvarse remedios casi milagrosos. Yo la encomendé a mi Virgen de la Almudena, y a mi hijo San Isidro, con mi mayor devoción. Entre el 28 de enero de 1930 y el 14 de abril de 1931, yo y mis madrileños inocentes de política aviesa o acomodaticia estuvimos muy nerviosos, muy nerviosos... Como cuando las avechicas enloquecen en vuelo sacacorchos presintiendo el tormentazo. Protestas. Huelgas. Manifestaciones callejeras disueltas por la fuerza pública a vergajazos. Diarios pletóricos de mayúsculas enfáticas sobre crónicas y noticias clamantes. Encarcelamiento de políticos de izquierda que antes habían sido políticos de derechas. Octavillas detonantes y «volanderas» arrojadas a mis calles y plazas y paseos desde aviones. Reuniones clandestinas descubiertas por chivatazos. Discursos «incendiarios» en *meetings* de tapadillo y a los postres de banquetes organizados con motivos apolíticos. Peleas callejeras con víctimas...

Yo no recordaba en mi ya larguísima existencia haber sufrido una tensión de nervios tan larga, una angustia de corazón tan estrujadora, una inquietud tan confusa y sin esperanzas, un presentimiento seguro de inminentes catástrofes. Porque ya no se trataba de moros ni de franceses a quienes arrojar de España para cubrirnos de gloria y de historia gloriosa, sino de también españoles, con derechos a la misma casa, a los mismos paisajes, a los mismos derechos... La guerra civil fratricida estaba intentando descerrajar la puerta, para colarse y «armar la de San Quintín». Yo y mis madrileños inocentes nos sentíamos acobardados, acorralados ante *algo monstruoso*, cuyas garras viscosas ya rozaban nuestra piel. El domingo 12 de abril de 1931 —que fue «una gloria» de luz y de tibieza, de lozanía vegetal, de tremendas ganas de vivir en paz... y en gracia de Dios—, yo y mis madrileños creímos que los nervios se nos rompían de tan tirantes y retorcidos. Estábamos de elecciones municipales «de escaso pelaje», pero a las que los diferentes partidos dinásticos y antidinásticos se habían empeinado en caracterizar como definitorios categóricamente. Elecciones, sí, aguachirle, «Juan y Manuela», en relación con la careada política *de altura*. Pero, escrito está, según entendí leyendo los «papeles» —¡que venían *buenos* de ardientes y de estridentes!— aquellas elecciones traían *mucho tomate*, pues que se las consideraba como plebiscito a favor o en contra del Régimen monárquico. Lo cierto es que mis madrileños calle-

jeaban trepidantes, se agrupaban cambiándose chispas eléctricas, entraban y salían en los Colegios Electorales, en los Cafés, en los Círculos, en el Ateneo... La verdad es que yo me dije: «Estos tontainas hijos míos están haciendo, una vez más, el caldo gordo a esos profesionales de la política... económica, cuyo único ideal es el patriotismo rentable.» Y decidí despreocuparme de ellos y de sus nervios, y holgarme comprobando lo bonitas que estaban mis hijas bonitas con sus holguras y transparencias primaverales, y mi Casa de Campo y mi Moncloa y mi Parque del Oeste y mi Dehesa de la Villa que estrenaban un terno verde tierno y oro irresistible. Con ello quiero dar a entender a ustedes, lectores míos, que aquel domingo 12 de abril de 1931, me salí de mí, hacia las once de la mañana, y no regresé a mí hasta las veintiuna. ¡Qué ganas de perder un día tan maravilloso de abril tuvieron mis madrileños! Que son pérdidas irreparables y de las que Dios pedirá estrechas cuentas. Y total: ¿para qué? Bueno, este *para qué* no resultó un *para qué* que careciera realmente de *para qué*, pues lo tuvo; y si entonces me pareció simplemente digno de esta frívola exclamación: ¡Caramba!, años más tarde el caramba me pasó como fuego por la espalda. Ya supondrán ustedes que lo que nos trajo aquel domingo maravilloso de abril madrileño, que yo pasé tan ricamente, tan despreocupadamente, holgándome en mis espacios verdes de las afueras, y aun más allá, fuera de mí, fue, ni menos ni más, que la segunda República Española. A la mayoría de mis madrileños les dio por sentirse republicanos. Y pensarían que esto de pasar de la corona al gorro frigio, y viceversa, era tan fácil como mudarse de ropa interior. Tampoco cabe descartar la suposición de que mis madrileños —aun aquellos que se jactaban de su sangre azul y se obsequiaban con la gran vida—, siempre virviendo bajo la Monarquía, sintieran curiosidad por conocer en qué consistía la República. Un cambio de postura desentumece los miembros del cuerpo y la rutina de las costumbres.

Entre los días 12 y 14 de abril de 1931, mis madrileños aún estuvieron mucho más eléctricos. Y les dio por recorrer mis calles, en nutridos grupos sin discriminación de sexos, berreando hasta enronquecer canciones con letras estúpidas, lanzando vivas a la República, mortificando a don Alfonso XIII y a sus colaboradores con dicharachos no aptos ni para oídos de descargadores de muelle. Reconozco que me sobresalté y presté atención a los acontecimientos. Porque deseaba traducir al mejor castellano aquello que encerraba *el tomate traído* a mis escenarios por unas circunstancias que ya me iban pareciendo sensacionales. Pero mis observaciones durante aquellas cuarenta y ocho horas fueron éstas: 1.ª Desaparición —en torretas, frontispicios y balcones— de la bandera bicolor, una parte de oro por dos de sangre, de la Monarquía, y aparición de la bandera tricolor: sangre, oro y morado de

Castilla en aquellas partes. 2.^a Multiplicación de estos tres colores en banderolas, gallardetes, grímpolas, lazos..., colocados en el trole de los tranvías, parabrisas de los autos y camiones, manillares de las bicicletas, cintas de los sombreros masculinos, barandillas del «Metro», interior de los escaparates de los comercios... 3.^a Sucesión ininterrumpida de orfeones, tan desafinados como tozudos, por mis calles, plazas y paseos, desgañitándose en himnos de absoluta ortodoxia republicana, tanto española como extranjera: *La Marsellesa*, *El Himno de Riego*, *La Internacional*, el de la C.N.T. 4.^a Verdaderos tumultos en las puertas de los Ministerios, Cámaras y otros departamentos oficiales, de las redacciones de los periódicos y de las agencias nacionales e internacionales de información, a duras penas contenidos por la fuerza pública, desenvainados los charrascos. 5.^a Avidez insaciable por adquirir los diarios apenas aparecían los vendedores en las salidas de las imprentas. 6.^a Llenos —con el cartelito NO HAY BILLETES— en los cafés de mi cogollito, donde el barullo era ensordecedor y la atmósfera turbia podía ser cortada en lonchas, y donde se repartían —entre añicos de cristal y loza— los tortazos y los mamporros con asombrosa frecuencia y prodigalidad. 7.^a Ir y venir de los prohombres de la política y las finanzas, dentro de sus autos, del coro al caño y viceversa; esto es: del Real Palacio al domicilio del conde de Romanones, de aquí al del doctor Marañón, al del señor Sánchez Guerra, al del señor Lacierva, etc., etc..., con regreso al Real Palacio o a la Presidencia del Consejo de Ministros. 8.^a La reunión nerviosa, ansiosa —en distintos domicilios— de aquellos políticos republicanos «de suyo» o renegados de la Monarquía que... esperaban que les cayese en la mano *la breva* del nuevo régimen. 9.^a La salida en auto, atravesando el Campo del Moro, de mi hijo don Alfonso XIII, palidísimo, abrumado... (Este episodio aconteció en la tarde ya muy crepuscular del día 14.) Y... ¿nada más? Nada más... por entonces. ¡Caray! ¿Es que les parece a ustedes poco?

* * *

Si yo recordase, siquiera en simple enumeración y a efectos de la estadística, cuantos sucesos se desarrollaron en mis escenarios, entre los años 1906 y 1931, precisaría muchas páginas. Pero ni a mí, ni a ustedes, lectores míos, importan sino los más atractivos ya por su significación, ya por sus motivos sentimentales, ya por la importancia de sus efectos. Y estos sucesos son los que voy a recordar.

El 12 de marzo de 1906 llegaron a mí los reyes de Portugal, doña Amelia y don Carlos. El protocolo no se devanó los sesos. Entrada de SS. MM. por la Estación de las Delicias, donde fueron recibidos por mi hijo don Alfon-

so XIII, aún soltero. Farolas y cuerdas, de fachada a fachada, con banderolas lusas y españolas alternadas. Soldados de gala presentando armas a los lados del tránsito entre la Estación y el Real Palacio. Una multitud *apiñada* en las aceras. Vítores. Palomas en libertad. Campaneo. Banquete en Palacio. Función en el Teatro Real. Visita al Museo del Prado. Excursiones a El Escorial, Aranjuez y Toledo. Desfile militar marcialísimo por la Castellana. Recepción en mi Ayuntamiento. Salida de mí. Las mismas banderolas —sino que más ajadas— en farolas y cordoncillos de fachada a fachada. Los mismos soldados —es un suponer— presentando armas. La multitud menos apiñada y muchos menos vitoreante y palmoteante. Ni campaneo, ni palomitas en vuelo de libertad. ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Buen viaje, majestades! Y sin saber nadie que aquel rey don Carlos, tan orondo, tan aureolado de tonos rubios, tan campechano y saludador, sería asesinado, juntamente con su hijo mayor, muy poquito después... ¡Ay, Dios mío!

El 10 de mayo de 1907 nació en mi Palacio Real, a las doce y media de una mañana gloriosa de primavera, el heredero de la Corona de España, hijo primogénito de SS. MM. doña Victoria Eugenia de Battenberg y don Alfonso XIII de Borbón. Poquito después fue izado el pabellón nacional sobre las Puertas del Príncipe y de la Armería, y empezaron a detonar las salvas que mis madrileños iban contando en voz alta —y los más lerdos hasta con los dedos— para cerciorarse del sexo del recién nacido. ¡Varón! La presentación del principito se verificó a las trece y diez. En la Antecámara esperaban príncipes y altezas, nobles y altos dignatarios, el Gobierno en pleno, algunas altas jerarquías eclesiásticas... En medio de un silencio cuajado en la más viva expectación, se abrieron las dos grandes hojas de la puerta de la Cámara y apareció don Alfonso, vestido de capitán general sin gala y flanqueado por la lloricosa infanta doña Eulalia y el buen mozo y pálido infante don Carlos. El rey, también palidísimo, pero sonriente, llevaba en brazos una bandeja de plata, aderezada de riquísimas blondas, sobre la que iba el regio vástago —que era hermoso y candeal— cubierto por un paño de finísimo encaje. Todavía recuerdo la cara de susto con que el señor ministro de Gracia y Justicia, que lo era el señor marqués de Figueroa, se adelantó, y en medio *de un silencio sepulcral* (¡pase el tópico!), con la punta de dos dedos temblones, levantó una orillita del paño cobertor para comprobar y certificar —como notario mayor del Reino que era— el sexo del niño. Al señor marqués se le escapó, entre dos carraspeos, un gallito que proclamó ¡Varón! Recuerdo muy bien que a mi nuevo hijo se le impusieron los nombres de Alfonso, Pío, Cristino, Eduardo, Francisco, Guillermo, Carlos, Enrique, Eugenio, Fernando, Antonio y Venancio. Una docena de nombres. Particularmente yo hubiese añadido el trece,

¡el de la buena fortuna!: Isidro. No me explico por qué el cardenal Sancha, que fue quien vertió el *agua del Jordán* (¡pase el tópico!) —que en esta ocasión, ya sin simbolismo, fue la exquisita del Lozoya— sobre la cabecita del Príncipe de Asturias, no recomendó este trece padrino celestial «de urgencia», para quien había nacido en la misma orilla izquierda del río donde nació mi adorado hijo Isidro. Pero aún me molestó más el olvido en mi hijo don Alfonso XIII, ¡que sí se llamaba Isidro! Creo recordar que fue madrina la abuela paterna de la criatura doña María Cristina y padrino el pro-nuncio de Su Santidad y precisamente en representación del hoy San Pío X. ¡Ah! A todos los presentes a la ceremonia se nos advirtió, con discurso muy enfático, que «S. M. la Reina criaría por sí misma a su augusto hijo, dando así gallardo ejemplo de madre amantísima. Y que el dictamen médico era favorable a este laudable, a este amantísimo propósito. «Yo me permití pronunciar «para el cuello de mi camisa» el «¡Amén!»

El 19 de junio de 1908 tuve uno de mis más sinceros dolores: en la calle de Alcalá, en casa modesta —hoy entre las calles de Menéndez Pelayo y Antonio Acuña, y en número par—, donde campea una lápida aún más modesta, recordatoria de la luctuosa efemérides, se me murió mi retrechero hijo Federico Chueca. Había nacido el 5 de mayo de 1864 en mi Torre de los Lujanes, el más antiguo monumento civil que me queda de mi pasado. ¡Inmejorable escenario, vive Dios, para nacimiento de uno de mis mejores hijos! Sí, porque muy pocos hijos he tenido cuyos gustos y aficiones fueran tan semejantes a los míos, cuya enorme simpatía irresistible la heredara de mi tan legítima, mejora y libre disposición, cuyos talento y sensibilidad alcanzaron a inmortalizar la música más enteramente, más ortodoxamente madrileña. ¡Déjenme ustedes de *Verbena de la Paloma* y de *Revoltosa*! Encantadoras, sí. Inolvidables, también. Inmortales, sí, y con mi «visto bueno» incondicional. Pero donde estén *La Gran Vía*; *Agua, azucarillos y aguardiente*, *El año pasado por agua*, *El chaleco blanco*, *La canción de la Lola* y tantas otras zarzuelas suyas... ¡que pasen a segundo término las de otros autores, por muy madrileños o madrileñizados que sean y estén! Mi hijo Federico Chueca era la estampa mejor del madrileño con labia pletórica de modismos, «timos» populares, chulerías y chirigotas de buenísima ley; del madrileño con plante y majeza y respingos para amar, amistar, derrochar dinero y corazón, «manipular» confanzudamente —en la Vida y en la Música— valiéndose del garbo y de la gracia. A mí me asombraba, día a día, con el señorío, la elegancia, la difícil sencillez, el repajolero salero con que manejaba la capa —o pañosa— española, y se embozaba en ella de siete maneras distintas. ¡Ningún otro hijo mío se ha merecido más veces el óle y el olé! Su muerte me tuvo muchos meses

alelado. Y todavía le guardo luto en mi corazón. Y aún, cuando me siento triste, pesimista, procuro recobrar la serenidad y la esperanza canturreando «el dúo de los paraguas», la romanza-vals del «Caballero de Gracia», las mazurcas y pasodobles de *Agua, azucarillo y aguardiente*, el pasacalle de «los Ratas», las cuitas de las «pobres chicas las que tienen que servir» o de «las pobres amas las que tienen que sufrir...» ¡Y palabra que acaba por despejarse el día más nublado! ¡Mi hijo Federico Chueca, con sus cejorras y su bigotazo nicotinizado, y su contoneo, y su contagioso buen humor, y sus ojos chiribiteros...! También me emocionó bastante la muerte de Ruperto Chapí, el 25 de marzo de 1909, en su domicilio magnífico de la calle del Arenal, frente a la parroquia de San Ginés, como recuerda otra modesta lápida. Chapí fue todo lo contrario que Chueca: muy serio, muy enemigo de chirigotas y zaragatas, refractario a chulerías, fácilmente irritable, voluntad de hierro. Su cerrada barba, sus lentes montados al aire y pinzados en la nariz, le daban aspecto de suma gravedad. Le agradecí mucho, de todo corazón, y se lo sigo agradeciendo, los homenajes espléndidos que me rindió con su música sabia y perfectamente instrumentada en incontables zarzuelas de temas matritenses: *La Revoltosa*, *La chavala*, *Las bravías*, *La Cara de Dios*... Pero insisto en discrepar de la opinión de muchos de mis madrileños y de los más de los restantes españoles, quienes afirman que la música de *La Revoltosa*, de Chapí, y de *La verbena de la Paloma*, de Bretón, son «el colmo» y los mejores modelos de la música madrileña. Y discrepo de ellos, porque, aun siendo yo admirador incondicional de las dos maravillosas zarzuelas, y descubriéndome cada vez que en mi presencia salen a colación los nombres de don Ruperto y de don Tomás, ¡si sabré yo que la música *mía*, entrañablemente salida de mí y vuelta a mí, sólo hay una música: la de mi queridísimo hijo Federico Chueca, cuya cátedra mantengo vacante y con crespones negros!

El lunes 4 de abril de 1910 fueron inauguradas por don Alfonso XIII las obras de mi Gran Vía... sin música. Como a esta efemérides, tan importante para mi físico y mis intereses, ha de referirme con largueza en capítulo siguiente, me limito ahora a consignar el acontecimiento. ¡Por fin, mi Gran Vía sin música! Mi tan deseada Gran Vía desde muchos años antes de que el saleroso sevillano Felipe Pérez y González y mi queridísimo hijo Federico Chueca, al alimón, estrenaran su celeberrima zarzuela el 2 de julio de 1886. (Detalles curiosos: se estrenó en el Teatro «Felipe», del empresario «Felipe» Ducazcal, siendo la letra de otro «Felipe».) Como nota curiosa añadiré, antes que se me olvide, esta paradoja: mientras duró la ceremonia —que no fue corta—, la Banda Municipal, dirigida por el maestro Ricardo Villa, hijo mío ilustre, no cesó de tocar el *Dos de Mayo*, pasodoble casticísimo de mi hijo

Federico Chueca. El autor estaba, ¡qué duda cabe!, bien elegido. Pero... ¿qué tenía «que ver» la exaltación patriótica dramática de ciento dos años antes con la inauguración de... un sueño mío convertido en realidad? Lo lógico hubiera sido, ¡creo yo!, que se tocasen número precisamente de *La Gran Vía*, de Chueca. ¿No les parece a ustedes?

12 de noviembre de 1912. Escenario: mi Puerta del Sol, acera correspondiente a la Librería San Martín, que aún ahí la tienen ustedes, apenas reformada. Hora: las once y veinticinco. Día gris y muy frío. Aún eran tiempos felices en que un presidente de Gobierno podía pasearse a pie, sin escolta próxima, sin llamar la atención, sencillamente. Don José Canalejas Méndez, que lo era entonces, cuando se dirigía al Ministerio de la Gobernación, allí mismo, bajo la torreta con las campanadas broncas y la bola dorada que señalaban la hora de España, se detuvo ante el escaparate de la Librería San Martín, deseoso de enterarse de las novedades impresas. Porque debo advertir que don José era un presidente sumamente culto, excelente escritor y apasionado comprador de libros. Calidades y afición que nada, o muy poco, tienen que ver, las más de las veces con la presidencia del Gobierno. Pues bien, cuando don José examinaba atento los libros expuestos, se le acercó por la espalda un individuo medianamente trajeado, quien, sacando una pistola «borwning», le disparó dos veces casi a bocajarro. Cayó don José pesadamente, sin proferir grito ni palabra. Y luego de alejarse unos pasos de su víctima, el asesino —que «resultó» llamarse Manuel Pardiñas Serrato, haber nacido en El Grado, de Huesca, y contar treinta y dos años de edad— se suicidó. Siento mucho tener que decir que no todo lo que entra por un oído y sale por el otro carece de importancia. El gran caballero y gran político que fue don José Canalejas la bala mortal le entró «por detrás de la oreja izquierda y le salió por el oído derecho». Como ni la tragedia espeluznante detiene el ingenio agudo y pronto de las personas frívolas, con la tragedia se hizo y se corrió un chiste de «órdago a la grande»: «¿Cuál ha sido la bala de trayecto más raro y largo? La que salió de *Pardiñas*, llegó a la Puerta del Sol, mató a don José Canalejas, atravesó la luna (del escaparate) y a punto estuvo de matar a San Martín (el librero)». Imponente duelo nacional. Canalejas fue, a mi juicio, el único político liberal capaz de mantener diálogo fecundo, de igual a igual, con el conservador don Antonio Maura.

13 de abril de 1913. Escenario: mi calle de Alcalá, calzada inmediata a la acera del Banco de España. Hora: las trece. Día soleado, tibio, gozosamente primaveral. Se había celebrado la Jura de la Bandera en mi Paseo de la Castellana, después de la inevitable misa de campaña. Las tropas, de gala, desfilaron ante la tribuna entapizada y floreal que ocupaban SS. MM., AA. RR.

y sus séquitos. Terminado el desfile, don Alfonso XIII, sobre un hermoso alazán, destacado de su nutrida escolta cabalgante, emprendió el regreso al Palacio Real. Al llegar frente la puerta del Banco de España, en la calle de Alcalá, del gentío que se apiñaba alharaquiento en la acera se adelantó rápido un personaje de modesto atuendo oscuro, y llegando hasta el caballo del monarca levantó el brazo y disparó dos veces. Supongo que la serenidad del rey y que el susto del hermoso alazán, encabritándose, contribuyeron a que el regicidio no se consumase. Excuso decirles el jaleo que se armó en aquel lugar, en aquella hora y durante espectáculo tan gustoso para mis clases media, media baja, baja alta y baja baja, que son las que se pirran por los festejos gratuitos. Mi hijo don Alfonso XIII recibió en su corazón un primer plácame enternecido: el mío.

4 de junio de 1915. A las trece se inició estrepitosamente —rotura de cristales en «cincuenta casas a la redonda», humadas negrísimas— el incendio voraz —¡pase el tópico!— que había de consumir mi ya histórico Palacio de Justicia, pegado al templo histórico de las Salesas Reales. Jamás se puso en claro la causa del siniestro. Que sólo tuvo una víctima: un celoso relator, llamado don José María Armada, que intentó rescatar de las llamas unos importantes autos que guardaba en su despacho. ¿Querrán ustedes creerme si les digo que el edificio tardó en consumirse casi cuarenta y ocho horas, y que los abnegados bomberos lucharon contra él con el irrisorio material de tres bombas, y aun careciendo del agua necesaria? Jamás he llegado a explicarme por qué tanta agua como circula por mis entrañas nunca ha estado donde hacía falta. Muy de veras lamenté el incendio y destrucción de mi Palacio de Justicia, porque me gustaba mucho. Como que, convenientemente remozado y modificado, era el mismo monasterio espléndido que fundó la reina doña Bárbara de Braganza para entregarlo a las religiosas Salesas de la Visitación. Monasterio grande, muy vistoso, muy señor, empezado a construir el 16 de junio de 1750, obra «al alimón» del arquitecto Francisco Carlier y del aparejador Francisco Moradillo. El coste de la fábrica fue de ochenta y tres millones de reales y quedó terminada —si no me falla la memoria— el 29 de septiembre de 1757, festividad de San Miguel Arcángel. El Monasterio quedó desalojado cuando las Leyes Desamortizadoras —1836— del ministro Alvarez de Mendizabal, «Juan y medio» según le apodaban sus paisanos gaditanos por causa de su gran estatura y de su gran corpulencia. Pero no tuvo destino concreto hasta el 27 de octubre de 1870, fecha en que un Real Decreto lo destinó a Palacio de Justicia. En él empezó la actuación del Tribunal Supremo en 1875, y la de la Audiencia en 1877.

15 de septimebre de 1916. Se me murió mi querido hijo don José Echegaray y Eizaguirre. ¡Vaya dos apellidos de por allí arriba arribita! Pues ni ellos lograron privar a don José de su orgullo de haber nacido —1832— en mi calle *del Niño*, hoy de Quevedo, en la que igualmente nació el genial cojo y autor hijo mío don Francisco de Quevedo. Don José, cuando aún, por supuesto, no tenía el don, fue bautizado en la Parroquia de San Sebastián, de gran tradición escénica. A mí don José, cuando ya llevaba muchos años el don, precedido del excelentísimo señor, le otorgaron el «Premio Nobel 1904». Pero ¡ay!, a medias con el poeta provenzal Federico Mistral. ¡Cuánto me molestó este «matar dos pájaros de un tiro» de la Academia Sueca! Cuando mi don José empezó a escribir para el teatro ya era un otoñal y lo había conseguido casi todo: cátedra, representaciones en Cortes, Direcciones Generales, Academias, Ministerios... Con la fama literaria, fulminante y grandiosa, «echó el completo» a sus ambiciones. Cuyo entierro fue de los más espectaculares que he conocido. Don José murió en el coquetón —¡pase el tópico!— hotelito que poseía al lado del de doña María Guerrero y don Fernando Díaz de Mendoza, en la calle de Zurbano, cerca del Paseo del Obelisco, hoy de Martínez Campos.

Pero para pena grande, enorme, la pena que me acogotó con la muerte en mí de don Benito Pérez Galdós, acaecida en la madrugada del 4 de enero de 1920. Don Benito vivía en un hotelito feamente arabizado de la calle de Hilarión Eslava, número 7. Todos cuantos me leen saben que don Benito no nació en mí, sino en Las Palmas de Gran Canaria. ¡Bueno! ¿Y qué? ¡Como si hubiera nacido en mí! Me amó como muy pocos madrileños de nación, y yo le correspondí apasionadamente, y le nombré mi hijo adoptivo apenas pisó mi tierra a fines de 1862, cuando tenía diecinueve años. Y es que «me cayó en gracia» apenas le contemplé por vez primera cuando, acabado de bajarse del tren en la Estación del Mediodía, con aire palurdísimo y desorientado, rodeado de bártulos, punteado de hollín, se quedó plantado en el mismo centro de mi Glorieta de Atocha, sin saber dónde encaminarse. Sí, «me cayó en gracia» aquel chicarrón altísimo y delgaducho, de pelo ceniciento, desaliñado en la vestimenta. Desde aquellos lejanísimos días, yo para él y él para mí. Para comparar el amor que nos unió a Galdós y a mí debo recordar los grandes amores que me unieron a mi hijo Lope, a mi hijo don Ramón I de la Cruz, a mi hijo don Ramón II de Mesonero Romanos, a mis hijos adoptivos Diego Velázquez y Paco Goya. Pero como ya me he referido particularmente a Benito en antecedente capítulo, ahora pongo fin a mi referencia; no sin este colofón: que si no fuera porque Benito está cada día que pasa más vivo y rejuvenecido, y le noto más apegado a mi corazón, su *muerte oficial* la seguiría estimando como una de las más terribles desdichas padecidas por mí.

8 de enero de 1921. Efemérides luctuosa. Hacia las veintiuna, cuando don Eduardo Dato Iradier, presidente del Consejo de Ministros, se dirigía hacia su casa, desde el Senado, metido en su modesto auto (vivía en un piso sin lujo en la calle de Alcalá con vuelta a la de Lagasca), al pasar por la Puerta de Alcalá, a la altura de la calle de Serrano, desde una moto con sidecar que avanzaba detrás del coche dispararon numerosas veces contra don Eduardo. Dieciocho balazos se apreciaron en el auto. El presidente quedó muerto en el acto, caído sobre el asiento. Le habían atravesado cuatro balas. En los periódicos se indignaron al comentar la escasísima vigilancia prestada por la policía a los jefes de Gobierno. En un cuarto de siglo fueron asesinados tres: Cánovas, Canalejas y Dato. Un trágico «trío» que no superaba ningún otro país europeo. Recuerdo el nombre de los asesinos; pero me niego a que se manchen estos recuerdos míos con su mención. Se dirá que he mencionado a los asesinos de Cánovas y de Canalejas, y a cuantos atentaron contra la vida de mis reyes. No es lo mismo. Fueron asesinatos o intentonas en las que un hombre idealista se jugaba el pellejo sin complicidades ni, menos aún, consignas internacionales. En el asesinato de Dato intervinieron tres asesinos «en frío», esto es: obedientes a una consigna internacional, y sin que ellos sintieran rencor directo contra la víctima, según declararía uno de ellos al ser detenido. El asesino «febril» puede tener alguna comprensión. El asesino «hielo» no merece sino el desprecio. A los pocos días del asesinato fue detenido uno de los culpables —14 de marzo— en un piso del último trozo de la calle Alcalá, lindante con las Ventas. A otro nos lo remitieron «facturado en gran velocidad» desde Alemania. A los dos se les conmutó la pena de muerte por la de treinta años de presidio. A los dos les acortaron la pena varios indultos otorgados en tiempos de la República. El tercero de ellos, *el no habido* entonces, creo recordar que llegó a España, a mí, en septiembre de 1936, encuadrado en las Brigadas Internacionales, y que en el llamado «frente de Madrid» —¡que me tuvo «hecho la pascua» durante dos años largos, entre mártir impresionante y vecino cochambroso— se mató *precisamente conduciendo una moto*. ¡Inescrutables son los juicios de Dios!

21 de julio de 1921. Nuevo disgusto y mucho mayor que el precedente. Me enteré, y me angustié, del desastre de Annual. ¡Cómo se conmovieron todos los españoles, desde el monarca hasta el vagabundo más insensible y escéptico! Los periódicos lanzaban grandes ediciones extraordinarias a cualquier hora del día, con enormes y sensacionales titulares, contando y fantaseando acerca del *problema de Marruecos* «que se avivaba chorreando heroica sangre española». Viví meses preocupado. Me fluía del alma un vivísimo dolor contemplando la constante salida de mí, en desfiles marciales (¡pase el tópi-

col), de fuerzas de todas las armas con rumbo a las tierras africanas. Fuerzas que se despedían cantando himnos bizarros y marcando pasodobles patrióticos. Les suplico, lectores míos, que no sonrían «camándulas» cuando oigan confesar a alguien «que se mantiene de sus propias lágrimas». Durante meses yo me tragué a diario las mías, ardientes y abundantísimas.

23 de enero de 1928. Nueva orla de luto para mí. En su domicilio —último piso del Teatro de la Princesa, donde actuaba al frente de su Compañía, desde años antes— falleció mi admirable hija María Guerrero, para mi gusto la más grande actriz española entre 1885 y 1928, y en nada inferior a sus contemporáneas y universales, la Rêjane, la Duse, la Sarah Bernhart. A la que no dejé de admirar desde que debutó —octubre de 1885— en este mismo teatro como dama joven en la Compañía dirigida por Emilio Mario. Unida a su esposo, el gran actor «dandy», el gran actor «Tamames», aristócrata «por los cuatro costados» y con títulos en ebullición, Fernando Díaz de Mendoza, ¡cuántas jornadas de gloria dieron al teatro español! Por cierto que, siendo como ya he dicho, un excelentísimo actor, a mí empachaba un poco la elegancia de don Fernando. Y no lo callaré por más que de una hija mía se trate: ¡también me daba cien patadas en la boca del estómago la mari-mandonería de doña María, y aquel mirar suyo zaíno de criatura que se considera olímpica!

Domingo 23 de septiembre de 1928. Otra orla de luto, aún más gruesa y entintada, para mí. Aproximadamente a las veinte horas, mi cielo crepuscular prendido de sus mejores brillantes tiñóse de un rojo vivo muy movedizo, que resplandeció hasta ser divisado desde muchos kilómetros. Mis madrileños de los barrios extremos —que domingueaban en merenderos y ventorros, bien comidos, bien bebidos y bien bailados— se preguntaron sobresaltados, sacándoles eruptos el tinto ingerido: «¿Es que está ardiendo la Puerta del Sol?» Realmente, desde mis extremos, la cada vez más ampliada nube roja parecía levantarse de mi propio corazón: que es la Puerta del Sol. A miles corrieron mis madrileños y los forasteros en busca del siniestro. Se supo en seguida que ardía con violencia mi *Teatro de Novedades*, situado en la calle de Toledo, frente al Mercado de la Cebada. Acaba de terminar en su escenario el segundo cuadro de la zarzuela *La mejor del puerto*, con música del maestro Francisco Alonso.

Recuerdo esta luctuosa efemérides como si hubiese acaecido ayer. ¡Tanta fue mi angustia, tanto mi dolor! Porque si mis madrileños y los españoles todos supieron de la tragedia más por oídas y por leídas que por haberla presenciado, yo fui espectador de clase especial —de palco platea, de butaca de primera fila— y el único que asistí a su representación íntegra, sin perder

detalle, el único que pudo y supo medir totalmente su entera magnitud. Repito que acaba de terminar el segundo cuadro de dicha zarzuela con una fiesta a bordo de un transatlántico, máximos su colorido, su iluminación, su alegría cantada y bailada. Cayó el telón. En la sala abarrotada de público modesto de barrio, menos burgueses y funcionarios que industriales y comerciantes de responsabilidad limitadísima, y los más obreros y menestrales puestos de «tiros largos» y acompañados por «sus señoras» hechas «un brazo de mar», se hizo alboroto el rumor de las conversaciones y los gritos y risotadas, que vencían «por puntos» a los compases de la orquesta no muy nutrida. De pronto un presentimiento hizo vibrar la sala. Los espectadores, mudos, miraron ansiosamente hacia el escenario. Algo muy anormal ocurría detrás del telón. Voces, gritos confusos, carreras... Olor fuerte a goma quemada. Y en seguida por algunos rotos del telón, entre el telón y la embocadura, empezó a salir humo. Los músicos, sin dejar de tocar, se habían levantado y miraban ansiosos por entre el escenario y el borde del telón. Hubo una terrible angustia expectativa y una parálisis general impuesta por el dudoso terror. Pero... Empezaron las llamas a morder el telón. Y a poco el telón se vino abajo emplumado de fuego crepitante. Empezaron a desplomarse bambalinas, cornisas... Y se lanzó contra la sala un fuego devastador y vertiginoso. El público enloqueció entre alaridos y llamadas desesperadas. Ardieron los cables de la luz y quedó en tinieblas la sala y espesa de un humo irrespirable. Todos los espectadores, enmarañados, formaron una masa que pugnaba por salir hacia los pasillos, hacia el vestíbulo, para ganar la calle. Desde las localidades altas, en la espantosa oscuridad, los espectadores se pisoteaban sin piedad con el afán de lanzarse escaleras abajo... Y en estas escaleras estrechas, ¡ay de quien cayera, porque inmediatamente era pisoteado, triturado por cuantos llegaban detrás! En pocos minutos el teatro era una pira de la que se escapaban teas humanas ardientes dando unos chillidos que se me metieron por los oídos, hasta el alma, para siempre... Fue verdad lo que dijeron algunos periódicos: que el ímpetu con que muchos espectadores se lanzaron a la calle fue tan extraordinario que fueron a estrellarse contra los muros del Mercado de la Cebada, después de atravesar una calzada de seis metros... De todo mi recinto acudió rápidamente un gentío tan enorme que fueron impotentes los guardias, policías y soldados para contener la avalancha. En la cual estaban muchos familiares de quienes aún estaban entre las llamas, y a quienes llamaban con gritos desgarradores...

Los muertos fueron sesenta y cuatro. El entierro se verificó el martes 25, a las once de la mañana, desde el Hospital Provincial hasta el Cementerio de Nuestra Señora de la Almudena. En mis calles, para presenciar el paso del

conmovedor cortejo fúnebre, se apiñaron cerca de medio millón de personas. Presidieron el duelo el general don Miguel Primo de Rivera y la mayor parte de los ministros, las autoridades municipales y provinciales. Recuerdo perfectamente el orden del cortejo. Primero un piquete de la Guardia Municipal montada; detrás la cruz alzada de la Parroquia del Salvador y de San Nicolás, en cuya feligresía estaba el Hospital General. A continuación cuatro coches de niños, unipersonales y de dos caballos; éstos y los coches, blancos; seguían tres furgones en cada uno de los cuales iban varios cadáveres de personas mayores. A continuación, dos landós llenos de coronas de flores naturales. Marchaba después el clero parroquial de la Paloma, a cuya feligresía correspondía el Teatro ardido, al que iban agregados un sacerdote por cada parroquia mía, todos ellos con sobrepelliz, cirios en las manos y entonadores de salmos. Detrás, el Concejo y la Diputación en pleno y bajo mazas. Luego, la presidencia oficial del duelo: el presidente del Consejo de Ministros, el vicario de la Diócesis, el ministro de la Gobernación, el de Marina, el de Gracia y Justicia, el de Guerra; los embajadores de Portugal y de casi todos los países hispanoamericanos. Por último, representaciones de todos los teatros, Sociedad General de Autores, Sociedad General de Empresarios, de todos los Bancos y Círculos y Entidades...

Esta tragedia tuvo gran resonancia en el extranjero. Y toda España compartió con sinceridad y con largueza el hondísimo duelo de mi corazón. Y me conmovió mucho un romancillo que publicó un diario, y del que era autor uno de mis hijos más simpáticos y castizos: el poeta y comediógrafo y sainetero Antonio Casero. Todavía me sé sus primeros versas...

*En él se dio el drama;
siguió la comedia;
se impuso el sainete,
y acabó en tragedia.
Y «la carcajada»
que, sobre la escena,
don José Valero
daba en otras épocas,
se convirtió en llanto...
¡Que ante tanta pena
y tanta desgracia,
llora España entera!*

Martes 6 de febrero de 1929. Otro dolor. A las tres de la madrugada fallece la reina doña María Cristina de Habsburgo-Lorena, madre de don Alfonso XIII. Reconozco que esta gran señora y discretísima Regente contó con

todas mi simpatías y con mis mayores respetos. Admiré yo su honestidad y su nobleza, su indiscutible tacto para relacionarse con políticos y diplomáticos, la afectuosa entereza con que educó a sus hijos; y, sobre todo, el gran amor que llegó a sentir por España. Excelente reina, ejemplar esposa y madre. Tengo el palpito que si su hijo don Alfonso hubiera seguido sus sensatísimos consejos y clarividencias, otro fuera el destino borbónico en España. Mucho lloró, a escondidas, como Mónica de soledades, aquella gran señora por las equivocadas decisiones de su hijo. Además, doña María Cristina sintió por mí auténtico afecto. Se encontraba en mí muy a su gusto. Posiblemente, sólo San Sebastián, «la perla del Cantábrico» —¡pase el tópico!— me disputaba sus dilecciones. Soy testigo del general sentimiento de mis madrileños por la muerte de doña María Cristina. Cuyos tristes despojos, como diría mi querido hijo Calderón de la Barca, fueron conducidos a El Escorial el jueves 8 de febrero. La fúnebre comitiva salió del Real Palacio por la puerta de la plaza del Armería. Figuraba en aquella impresionante número de aristócratas, políticos, altos representantes del clero y de la banca y de la prensa... Las tropas con «armas a la funerala» cubrieron la carrera. Y en las aceras del trayecto, del Real Palacio a la Glorieta de San Vicente, se apiñaban miles de emocionados españoles. Ni aun en la prensa de la extrema izquierda, pluma alguna faltó al respeto a la egregia dama que acababa de morir. Los peores enemigos de la Monarquía la otorgaron la justicia de sus elogios.

He recordado las que yo creo más importantes efemérides de mi vida entre los años 1906 y 1931. Pero si ustedes, lectores míos, insisten en que evoque otras menos interesantes, pero que me divertieron o conmovieron por aquellos años, no tengo inconveniente en hacerlo siquiera sea con prisa y concisión telegráficas. Recuerdo, recuerdo... que a principios de 1909 fue creada oficialmente, por mi Concejo, mi Banda Municipal; cuyo primer concierto se celebró en mi Teatro Español en un día calurosísimo de junio. Al frente de ella mi hijo, y ya famoso músico, don Ricardo Villa. Recuerdo, recuerdo... el asombro mío y de mis madrileños, cuando cierto día estival de 1917 «nos encontramos» en el centro de mi Puerta del Sol, de mi Red de San Luis, de mi Glorieta de Bilbao, de mi Glorieta de la Iglesia, de mi Glorieta de los Cuatro Caminos, un gran espacio cerrado en cuadro por una alta valla en cuyas caras se decía: METROPOLITANO DE MADRID. INAUGURACIÓN DE LA LÍNEA NORTE-SUR: OCTUBRE DE 1919. ¡Mis madrileños podrían caminar sobre ruedas, rapidísimos, como removidos intestinos en mis entrañas! Pero como de mi METRO he de escribir luego, con mayor atención, nada más quiero recordar de él, ahora.

Recuerdo, recuerdo... mi orgullo al conocer, el 20 de julio de 1927, la reunión presidida por S. M. el Rey del Patronato de mi Ciudad Universitaria... futura. Pero también escribiré por lo menudo de ella, cuando me ocupe de mi crecimiento y embellecimiento en aquel cuarto de siglo a que me vengo refiriendo. Y recuerdo el interés con que asistí en mi Palacio de la Música, en la noche de un sábado de octubre de 1929, a la primera película sonora por mí conocida, titulada, si mal no recuerdo, *La canción de París*, cuyo principal intérprete era el popularísimo cancionista parisino Maurice Chevalier. El espectáculo empezó desconcertándome para acabar estusiasmándome. Recuerdo mi asombro y el de mis madrileños cuando el 26 de mayo de 1911, contemplamos desde los alrededores del aeródromo militar de Getafe el aterrizaje del aeroplano pilotado por el francés y audacísimo Vedrines, ganador del «raid» Paris-Madrid, pasando por Angulema y San Sebastián. Monsieur Jules Vedrines se apeó de su aparato entre las delirantes ovaciones de los asistentes —a las que uní mis sinceros aplausos—, a poco más de las ocho de la mañana; que fue de una limpieza, de una tibieza y de una luminosidad que... ni de encargo. Mr. Vedrines sería todo lo audaz y experto piloto del que «se hicieran lenguas» en varios idiomas, pero a mí me pareció un *castigador* de Montparnasse. Bajito, macizo, con cejas y bigote muy poblados, ojillos ladinos, gesto duro, trajeado «a ojo» en algunos de los Grandes Almacenes de París... Recuerdo que nunca he tenido tantos diarios como entre mis años 1906 y 1931; cada uno de los cuales tenía directrices concretas y lectores incondicionales. Y no he olvidado sus nombres: *El Imparcial*, *El Liberal* y *Heraldo de Madrid* (que formaron un *Trust* liberal de gran influencia política); *El Correo Español* (tradicionalista), *La Correspondencia de España* (demócrata con tendencia derechista), *La Epoca* (monárquico), *El Mundo* (independiente... de inclinarse hacia donde le conviniera), *El Debate* (primeramente *ambiguo*, con la dirección de Antón del Olmet, desde 1910 a 1914; y desde este año hasta el de 1930, catoliquísimo con rigidez), *La Tribuna* (otro independiente... para inclinarse al sol que más calentase), *El Día* (incoloro, inodoro e insípido), *La Acción* (maurista con inflexibilidad), *El Universo* (católico sincero, pero rancio), *La Correspondencia Militar* (lo que su nombre indica), *A.B.C.* (monárquico borbónico lealísimo), *La Voz* (liberal sin muy acusadas dilecciones por algún partido de sus ideales), *El Sol* (de un abusivo intelectualismo doctrinal decididamente demócrata de izquierdas)...

Recuerdo, recuerdo... la huelga general revolucionaria que estalló en mí el 13 de agosto de 1917. ¡Dios mío, huelga general revolucionaria y con el termómetro plantado entre los treinta y los treinta y seis grados! ¡También fueron ganitas de jeringar las de la Unión General de Trabajadores manuales!

Yo y mis madrileños sudando a chorros, y careciendo de pan, de mercados, de tranvías, de restaurantes, de periódicos, de espectáculos gratuitos y de pago... Tomé cierta ojeriza a los mandones de la Casa del Pueblo; cuatro de los cuales fueron a parar a la Cárcel Modelo. Hubo tiritos por mis calles y encrucijadas; y manifestaciones gritonas disueltas sin miramientos por la fuerza pública; y derribo de tranvías y autos. La mayoría de mis madrileños —los prudentes— se metieron en sus casitas, atrancaron las puertas, empes-
tillaron las ventanas y decidieron esperar... que pasase el chaparrón. Y «puesto» a recordar, recuerdo algo sumamente chusco, increíble... ¡pero verdadero! Mis autoridades municipales decidieron... ¿Qué dirán ustedes, lectores míos, qué decidieron, un día cualquiera de 1918? ¡Pues que el kilo de pan tuviera ochocientos gramos! ¡Claro está que en años posteriores, sin necesidad de acuerdos de mi Concejo, el kilo de pan aún tuvo menos gramos. Bromas inocentes de los obreros panaderos...